



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, LIDIA BARUGEL

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4983-0

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: agosto de 2016

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE – CLARA OEYEN

Ilustración de cubierta: RAQUEL CANÉ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Barugel, Lidia

El sótano de Neske / Lidia Barugel ; ilustrado por Raquel Cané. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

248 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4983-0

1. Literatura Infantil. I. Cané, Raquel, illus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE AGOSTO DE 2016 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El sótano de Neske

Lidia Barugel

Ilustración de cubierta de Raquel Cané

loqueleo

Leche negra del alba...

Paul Celan

A Tamara Kamenszain

A Germán y Laura, a Tomás y Mechi
Y a Hugo, siempre

Ámsterdam
Agosto-octubre de 1942

I

El sótano

Todo cambió cuando tuvimos que venir a vivir al sótano de la casa de Neske. Neske era algo así como una hermana para mamá y vivía frente a nuestra casa, al otro lado del canal.

En realidad, todo fue cambiando poco a poco porque bastante antes de venir a vivir aquí las cosas ya se habían puesto difíciles. Y antes de que las cosas se pusieran bien difíciles había tranquilidad en casa. Y comida. Toda la comida que uno quisiera comer. La heladera estaba siempre llena, así como también estaba siempre lleno de galletas el tarro de vidrio azul sobre la mesada.

Años antes de venir a vivir al sótano a papá lo veíamos poco. Se iba al hospital a las seis de la mañana y volvía a las ocho de la noche. A esa hora nosotros ya estábamos bañados y esperando la cena. Los domingos estudiaba sus libros y escribía,

pero casi siempre se hacía un tiempito para jugar conmigo al ajedrez y a las adivinanzas con Anki. Papá fumaba mucho y mamá odiaba el cigarrillo.

Nosotros dos, Anki y yo, somos “los mellizos”. Así nos llaman tanto en casa como en la escuela.

No hay quien pueda con ellos, señora Agnes, son tremendos. La cito para mañana en mi despacho. Y mamá fruncía la frente. Los mellizos son niños, decía, con la poca edad que tienen no pueden hacer cosas tan terribles. Y mandaba a Joos, su hermano, a la entrevista con la maestra.

El tío Joos había regresado a Ámsterdam después de haber vivido un par de años quién sabe dónde, dicen que en Nueva York, y según mamá había vuelto más flaco y más triste. Se había instalado con nosotros, en el pequeño cuarto que daba al canal, y la ayudaba a ella con la casa y con las compras, y nos enseñaba a nosotros a tocar el piano.

Y nosotros, los mellizos, antes de tener que venir a vivir al sótano, íbamos a la escuela, andábamos en bici, teníamos muchísimos amigos, alimentábamos a los patos del canal con las galletas del tarro azul, y comíamos también nosotros. Claro, comíamos mucho, todo lo que queríamos.

Joos y mamá también eran mellizos. Ellos decían que habían nacido idénticos, pero que se fueron diferenciando a medida que crecían. Y él terminó siendo más flaco y un poquito más bajo. En todo parecía más pequeño salvo en las manos, que eran bien grandes. Y ya de adultos, no se parecían en nada más que en el cabello rubio y en el cuello. A mí se me hacía que el tío Joos estaba mal dibujado. Los dos tenían el cuello muy largo, y él nos decía que eso se debía a que eran hijos de un cisne.

¿De un verdadero cisne, tío Joos?

Exacto. De un cisne blanco y una mujer. Esas cosas suceden, Anki.

Mamá siempre se ponía un poco nerviosa con esas historias.

Tanta fantasía les hará daño, Joos, le dijo una vez. ¿Comprendes lo que te digo?, Anki está obsesionada con la idea y ahora resulta que por las mañanas se busca en el espejo los brotes de alitas en la espalda. Se pone de perfil y ladea la cabeza más que como un cisne como un búho, para tratar de verse las alas en la espalda. ¿Comprendes?

Y el tío Joos dejó de contarnos lo del cisne, pero Anki nunca dejó de buscarse las alitas.

Todo eso fue mucho antes de venirnos a vivir a este sótano oscuro y húmedo de la casa de Neske, donde un raro eco repite siempre lo que decimos. Y un poco antes de venir aquí se habían ido acabando poco a poco los juegos, las bicis, la escuela, el hospital y el consultorio de papá, así como también el piano y la comida.

¿Quién puede ser un buen pianista hurgándose con un dedo en la nariz? Y Joos me miraba de reojo sin dejar de tocar.

Nadie me ve.

Yo te veo.

No puedes verme si estás tocando el piano.

Presta atención, que, si no, no serás un buen pianista.

Creo, no sé, me parece que de grande no seré pianista, tío Joos.

Qué pena enorme, Dromer.

Joos tocaba el piano como nadie en Ámsterdam. Eso decían todos. Tenía las manos delicadas y largas como las de una mujer y acariciaba las teclas con los ojos cerrados, balanceaba el cuerpo y sonreía con la cara entera, con la boca, con los ojos y hasta con la frente. En esos momentos estaba con

nosotros pero no estaba. Para mí que él se perdía en un sitio en donde solo existía la música. Nada más. Ni nosotros existíamos ni la casa, ni siquiera nuestra madre Agnes, su hermana. Ni siquiera ella.

¿Tal vez escritor entonces, Dromer? A veces pareces un verdadero poeta a pesar de ser tan pequeño. Y me acariciaba la cabeza. Había sido él quien me había puesto este apodo, Dromer, cuando yo todavía no había dejado los pañales ni había dado el primer paso.

Este niño es y será un soñador, dormido o despierto, había dicho asomándose a la cuna. Un Dromer. ¿Lo ven? ¡Un poeta!

Yo levantaba los ojos de lo que estuviera haciendo, suspiraba y juntaba coraje antes de responderle.

No seré un poeta, tío Joos.

Lo que serás de grande es un tema muy importante para tener en cuenta, ya tienes diez años, Dromer, más de lo que puedas creer, no lo tomes a la ligera. ¿Tal vez un escultor?

Tampoco.

Y él me miraba a los ojos y después regresaba a su piano como dándome tiempo para pensar, y por unos días no volvía a mencionar el tema.

El tío Joos era un hombre muy tranquilo, pero de tanto en tanto, y cada vez más seguido, se transformaba en otro y atacaba el teclado con furia, especialmente cuando mamá se sentaba, suspirando, a escuchar las noticias en la radio. La miraba un instante, se le curvaba la espalda, echaba un poco hacia atrás la cabeza y apretaba los dientes hasta que se le marcaban los músculos de las mandíbulas. Sus dedos se ponían como locos, levantaba y bajaba las manos y golpeaba las teclas con fuerza. Parecía estar advirtiéndonos de algo. Yo quería salir corriendo de la casa. Se me hacía que toda Ámsterdam se ponía alerta y que los patos del canal también querían salir volando. Y sin embargo, debo reconocer que el sonido, violento y todo, seguía siendo hermoso.

Una vez al mes el tío Joos afinaba el piano. Lo hacía generalmente los fines de semana, cuando estábamos en la casa y podíamos aprender. Porque nunca se sabe Dromer, me decía, de qué te puede servir esto algún día. Y no solo afinaba el nuestro sino que tenía clientes que le pedían también que afinase los de ellos, y con eso se ganaba lo que él llamaba *mi propio pan*.

Cuando Anki y yo lo acompañábamos a las casas de los clientes y lo ayudábamos sosteniendo el diapason, el abrigo y el sombrero mientras él saludaba, a *mi propio pan* él entonces lo llamaba *nuestro propio pan*. Y nos daba unas monedas.

Pero poco a poco la gente también dejó de afinar los pianos, era como si la música comenzara a morir en Ámsterdam. Y todo eso fue hace tiempo, antes de la guerra, antes de que nos viniéramos todos a vivir encerrados en el sótano.

En realidad el sótano es un espacio muy pequeño. Tiene una ventanita, que está apenas un poco más alta que el nivel de la acera. No puede abrirse y por ella se ve poco: un pedacito de cielo, el puente de piedra, algo del agua del canal, solo dos árboles, y más atrás, nuestra casa. Bueno, la que había sido nuestra casa.

Para poder mirar por esa ventanita, cuando me dejan, yo debo subirme a un cajón de cervezas.

Las paredes del sótano son de piedra. En las juntas crece un musgo verde y amargo que mamá nos prohibió tocar. En las paredes hay tuberías por las que corre el agua, a veces más rápido y a veces más lento, según lo que esté haciendo Neske arriba. El

suelo también es de piedra, una piedra cuadrada y oscura que generalmente está húmeda. La escalera es de madera y está a la derecha, contra la pared, y una bombita de luz cuelga del techo. El techo es muy bajo, papá rozaba la cabeza en él cuando estaba de pie. Mamá no, y nosotros tampoco, claro.

Hay todavía en el sótano un fuerte olor a queso, a cuajo y a fermentos, que a veces me da asco y otras me da hambre. El sótano había sido el sitio en el que Neske maduraba los quesos que ella misma fabricaba. Después resultó ser nuestra nueva casa.

Bastante antes de venir a este sótano fue cuando, allá en nuestra casa, el tío Joos comenzó a ponerse más silencioso y raro. Tocaba el piano con las felpas pegadas a los martillos para que no se escuchara desde la calle y tenía los ojos brillantes. Dejó de interesarse por lo que sería de grande para preguntarme más seguido, casi todos los días, por la cuestión de la consigna.

¿La consigna, la recuerdas, Dromer?

La recuerdo, tío Joos.

Y yo me ponía muy serio porque él se ponía muy serio.

¿Habrás de repetirla para mí una vez más, para

que yo esté seguro de que la comprendiste como quiero que la comprendas?

Y yo, de pie a su lado, me concentraba, fruncía la frente, me tomaba las manos una con otra, pensaba dos segundos y recitaba la consigna palabra por palabra:

Llegado el momento tú te pondrás a gritar muy fuerte, tío Joos.

Exacto. ¿Para qué gritaré muy fuerte, Dromer?

Para que yo te escuche.

¿Y qué gritaré?

Gritarás: “¡Me entrego!”, “¡Me entrego!”.

¿Y para qué gritaré muy fuerte eso, Dromer?

Para que nos escondamos.

Muy bien, muy bien... ¿Quiénes se esconderán?

Anki y yo, como en un juego.

¿Pero será un juego, Dromer?

No será un juego, así que no debemos reír ni hablar.

¿Y si Anki se asusta y llora?

Le taparé la boca con la mano.

¿Y los dos se quedarán allá casi sin respirar, de tan quietitos, Dromer?

Casi sin respirar, tío Joos. De tan quietitos.

Entonces me preguntaba todas las otras cosas, adónde nos esconderíamos, en qué parte de la casa y de qué manera, y cómo y por cuánto tiempo, y si yo no me equivocaba ni una sola vez él suspiraba aliviado. Y yo también.

Eso comenzó a ser todos los días.

Cuando el tío Joos suspiraba aliviado, parecía más joven. Tan viejo no debía ser de todos modos, porque mamá era su melliza, y aunque ella siempre le decía a Neske que estaba envejeciendo, para mí, mamá era muy joven. Mucho más que las otras mamás de la escuela. Y más linda.

Ella también tocaba el piano como el tío Joos, pero peor. Desde que nos mudamos al sótano dejó de tocar, claro, porque el piano quedó allá, en nuestra casa, y para colmo muy roto. Haberlo visto tan roto fue una de las cosas más horribles que me sucedieron en la vida, aparte del hambre. Quién hubiese podido pensar que alguien podría destrozarse ese piano alguna vez...

El tío Joos nos contaba la historia del piano porque Anki y yo se lo pedíamos seguido. Si hubiese sido por nosotros, la habríamos podido escuchar todos los días. Se sentaba en el sillón de la sala

frente al fuego, con el tarro azul de galletas entre las rodillas, y comenzaba en susurros. Era como un gran secreto que nos contaba por primera vez.

Al piano Steinway lo había comprado mi abuela, la madre de mi madre, decía, aunque no sabía tocarlo. Lo había hecho enviar desde Hamburgo, y parece ser que la travesía hasta nuestra casa en Ámsterdam había sido en aquellos tiempos una gran odisea.

En ese punto Anki siempre lo interrumpía, y volvía a preguntar qué cosa quería decir exactamente una “odisea”. Nunca le quedaba esa palabra por más que el tío Joos se la explicara una y otra vez y por más que se la leyera yo siempre del diccionario. O tal vez lo hacía a propósito para fastidiarme, no lo sé.

Él interrumpía el cuento y yo intentaba no impacientarme.

Trae mi diccionario, Dromer.

El diccionario del tío Joos es un libro grueso y pesado, con tapas negras de cuero y letras doradas en relieve, que siempre estaba a mano porque él muy seguido me hacía consultarlo.

Allí está la explicación de todo, decía, y todo es verdad. Y eso es cierto.

Lo abría una vez más. Buscaba la palabra también una vez más. Encontraba la letra ele, daba vuelta las páginas, eme, ene, o. Seguía las letras chiquitas con el dedo. Y leía.

Odiable. Odiar. Odio... Odisea.

(De Odisea, título de un poema homérico) f. Fig. Viaje largo y en el que abundan las aventuras, tanto agradables como adversas al viajero. (Véase Homero)

Homero. *Biog. Poeta épico griego, que vivió alrededor del siglo VIII a. C. Casi todas las biografías lo representan ciego.*

Sigue hablando de Homero... ¿Leo más, tío Joos?

No es necesario, Dromer. ¿Y ya que vimos otra vez lo que es una odisea, podemos continuar con la historia, Anki?

Anki asentía muy contenta. A mí me parece que ella se sentía importante cuando Joos le prestaba atención.

En este caso, el viajero era el piano, continuaba el tío Joos una vez que aquel punto estaba aclarado nuevamente, mientras Anki se llenaba la boca de galletas. No lo trajeron rodando o alzado, lo empujaron. Y lo tuvieron que empujar entre varios. El piano parecía rebelarse a su destino y se iba de

costado, como si no quisiera quedarse en Alemania pero tampoco venir a Holanda.

Tal vez, decía yo, tenía miedo de los enormes molinos que bombeaban el agua.

Tal vez no quería separarse de su madre, decía Anki, si es que los pianos tienen madre, y largaba una risita tonta.

Podría ser, afirmaba el tío Joos, quién sabe, pero la cosa es que, una vez que lograron subirlo a la barcaza que lo llevaría por los canales hasta esta casa, el piano, con movimientos acompasados de elefante, pareció aceptar su destino y abandonó su pequeña lucha inútil.

¿Parecía un elefante, tío Joos?

Sí, un formidable elefante negro.

¿Y cómo lo subieron hasta arriba?

Tuvieron que sacar a golpes de maza una ventana del primer piso y agrandar la abertura, y lo izaron entre varios hombres con muchas cuerdas de cáñamo encerado y un andamiaje con una plataforma bien calzada en la acera.

¿Era un día lluvioso?

No. No llovía. Tampoco nevaba. Pero sí había una rara neblina que despintaba los bordes de todas

las cosas, como si alguien hubiese pasado la mano por un papel dibujado con carbonilla, borroneando todo. Y allá iba, para arriba. En la acera se había formado una pequeña multitud que miraba con la boca abierta cómo el piano subía lentamente en el aire. Dicen que mi madre era muy pequeña en aquel entonces y que se quedó mirando de pie justo debajo, apostando a que se caería.

¿Era muy pequeña tu madre?, le pregunté una vez.

Lo era, pero siempre decía que recordaba muy bien el momento, porque por la impresión de ver al piano balanceándose sobre ella en el aire se hizo pis encima. Un charquito amarillo que se fue agrandando entre sus zapatos nuevos. Y todos dejaron de mirar el piano para mirar el charquito. Ese día fue recordado como “el día del piano y el charco” y creo que mi madre, tu abuela, fue una buena pianista porque ella decía que ese episodio, aunque la atormentaba por la vergüenza al principio, sin duda más tarde la había lanzado a la fama.

Anki también se hace pis en la cama, dije, parece que es de familia.

Eso es algo privado de ella, dijo el tío Joos, no hace

falta estar ventilándolo todo el tiempo. ¿Entiendes lo que significa algo “privado” del otro, Dromer?

Asentí.

¿Puedo entonces seguir?

Anki me miró de reojo. Tenía una pequeña sonrisa de triunfo en los labios, y se le marcaron los dos hoyitos en las mejillas.

Después comenzaron las apuestas: a que el piano llegaba y a que no llegaba al primer piso sino que seguro que se desplomaba con un ruido de truenos.

Pero parece que llegó, tío, porque aquí está, entero.

Exacto, Dromer. Llegó sin inconvenientes y el aplauso estalló en la acera. Justo entonces se largó a llover.

¿Y lavó el charquito?, preguntó Anki.

Claro, dijo el tío Joos, la lluvia lo lava todo.

Joos miró entonces por la ventana y quedó en silencio. Un silencio raro. Nosotros esperamos. Ya sabíamos que en esos momentos no había que hablarle ni distraerlo.

Una vez instalado en el sitio elegido, dijo al regresar de su ventana, o de su silencio, o de donde vaya a saber uno, lo instalaron junto a la ventana que mira al canal. Dicen que mi abuela lo abrazó

con la ternura de una amante. Lo curioso es, Dromer, que ella no pudo jamás sacarle ni una nota coherente aunque era muy terca y estaba horas sentada frente al teclado. Pero la que pudo tocarlo maravillosamente fue su hija, mi madre, la del charquito. Dicen que tenía un don natural para la música. Podía reproducir de inmediato una melodía que alguien estuviera tarareando, y cantaba con tanta gracia como tocaba.

¿Te enseñó a tocar?

Ella me enseñó los secretos y misterios de la música antes de que yo aprendiera a caminar. Me tenía que alzar a la banqueta azul porque yo solo no podía.

El tío Joos entrecerró los ojos. Supimos que se había ido otra vez a otro lado y Anki y yo nos quedamos calladitos, esperando. Pero pudo continuar al cabo de algunos minutos.

Habían subido el piano con mucho esfuerzo pero poco después tuvieron que deshacer todo el trabajo.

¡Lo bajaron!

Sí, mi abuela lo quiso en la sala a la vista de todos y no escondido en el piso de arriba, y otra vez lo

sacaron por la ventana, lo bajaron con sogas y lo entraron por la puerta. Y aquí está todavía en su lugar definitivo, en la sala.

¿Tu madre volvió a hacerse pis en la acera?

No, Anki. Esa vez no la dejaron ubicarse debajo del piano, tuvo que mirar toda la maniobra desde la ventana.

Aunque el piano hubiese estado entero y no destrozado como estaba ahora, habría sido imposible traerlo con nosotros hasta aquí abajo, al sótano de la casa de Neske. El sótano tiene una ventana tan mínima que solo hubiese pasado el teclado, y además no se abre, es un vidrio fijo, con marco. Ni qué hablar de bajarlo por la estrecha escalera. Y seguro que se hubiese resistido mucho para entrar en un sitio tan oscuro y pequeño. Hubiese sido imposible. Él, que había estado siempre a la luz, ¿hubiese soportado tener que vivir en un sótano con el techo bajito, todos juntos, amontonados y para colmo con olor a queso?